

mana, esa morbidez gloriosa y relajada, se opone y se yuxtapone a conformaciones más o menos maquinales o industrializadas... Algo hay de reminiscencia surrealista y, en algunos casos, hasta futurista, en esos dibujos. Los cuales se caracterizan, además, por una perfecta dicción «ingriana» y hasta «clásica».

También los dibujos de Luis Sáez se caracterizan por su serenidad. Lo cual está muy bien. Pero quizá no sea lo más conveniente para el artista: su obra —una de las más serias y conscientes de la pintura española actual—, como no da gritos, como no está inscrita en ninguna algarabía al uso, pasa regularmente inadvertida para un coleccionismo poco avisado. Pero eso también es natural. La característica de la mayor parte del neocoleccionismo español es la de llegar siempre tarde. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

Barcelona: un año de «El retaule...»

«El retaule del flautista», de Jordi Teixidor, está a punto de cumplir su brillantísima etapa de la Capsa. Ha cubierto un año entero, y una serie de cosas parecen haber quedado potenciadas para el futuro. El público —un nuevo público— ha sostenido la obra y quizá con ello la viabilidad de ese ciclo de Teatro Contemporáneo, en el que Pau Garsaball, el «gran responsable» del proyecto, quiere alternar los más interesantes autores «jóvenes» castellanos y catalanes. Tras «El retaule» se estrenará una obra de Luis Matilla. La dirige Antonio Chic y la escenografía —que ocupará una buena parte de la platea y obligará a modificar totalmente la disposición de las butacas— es de Fabián Puigserver. He visto un ensayo en el viejo escenario de la Peña Cultural

Barcelonesa, donde tantos espectáculos, luego celebrados o ignorados, dieron sus primeros pasos. Falta casi un mes para el estreno y el trabajo está, lógicamente, en una fase embrionaria. El autor, que ha tenido el buen criterio de desplazarse a Barcelona para colaborar en la recreación escénica —que es todo lo contrario de «vigilar» el respeto al texto—, sufría en una de las butacas de la vieja sala, con la impaciencia lógica de estos casos y una explicable dosis adicional. Porque la verdad es que el estreno de «Una guerra en cada esquina», que así se llama la obra de Matilla, no va a ser un estreno más. Ni se quedará a nivel de simple aventura empresarial la acogida que merezca la obra. El «teatro maldito» español, tan falto de oportunidades, se está jugando muchas cosas en el Capsa, y el actor Garsaball ha cargado con una hermosísima responsabilidad que le obliga a ser exigente hasta el máximo. Atrás quedan esfuerzos —«El adefesio», de Alberti, o «Guadaña para un resucitado», de Gil Novales— que no obtuvieron la atención que hubiera sido deseable. Pero tanto «El retaule» como la reciente temporada de Els Joglars —con «Cruel ubris», que ya comentamos en nuestro trabajo dedicado al Festival de la Pantomima—, han canalizado, dentro de la desesperante vida teatral barcelonesa, una atención que será necesario mantener en el paso de Teixidor a Matilla.

Por cierto, y a cuenta de este «teatro maldito», en cuyas filas militan los dos autores citados, ocurrió en Barcelona, el Día Mundial del Teatro, algo de lo que no han hablado las crónicas. Ciertamente, se vendieron las localidades al 50 por 100 y se llenaron los teatros; puntualmente acudió una representación de los actores para solicitar del Ayuntamiento la consabida creación de un Teatro Municipal, y al concluir la función de la tarde, mucha gente de teatro se reunió en un acto «solemne» para escuchar el Mensaje Internacional de este año —escrito, como es sabido por Maurice Béjart—, leído por la actriz María Lui-

LOS ARTISTAS DE VARIEDADES, A LA HORA DE LA REIVINDICACION

Una señora de más de sesenta años se levanta y explica que, después de haber trabajado desde que tenía siete años hasta los sesenta, ahora, sin trabajo y sin vista, se encuentra también sin pensión y sin asistencia médica, porque oficialmente no ha alcanzado las quinientas actuaciones necesarias para tener derecho a ello.

La señora fue, en su día, intérprete del llamado "género lírico" y el lugar donde habló fue la asamblea de ASCIVA (Asociación Sindical de Circo y Variedades), celebrada el 23 de marzo pasado —Día Mundial del Teatro— en Madrid.

Ese —el de la Seguridad Social— es quizá el problema más importante que tienen planteado quienes están encuadrados —obligatoriamente, por otra parte, pues sin el "carnet sindical" no pueden trabajar normalmente— en esta Asociación y que son, además de los artistas de circo, todos aquellos que se ganan o pierden la vida como cantantes, bailarines, cantaores de flamenco, guitarristas...

Técnicamente, esta gente debe ser dada de alta en la Seguridad Social por la empresa en que presta sus servicios, pero en la práctica no suele suceder más que en algunos casos, cuando son contratados por temporadas enteras. Una gran masa de estos artistas, sin embargo, sólo tienen trabajos esporádicos, por lo que suelen quedar al margen de estos beneficios.

En esa asamblea del día 23 salió el problema a relucir. Estas asambleas han sido, normalmente, apacibles reuniones de balance y rendición de cuentas, pero esta vez el heterogéneo conjunto de personas especializadas en amenizar el "Madrid la nuit" de todos los días, ha empezado a hablar y a tomar acuerdos.

Espoleados, quizá, por el espectacular ejemplo de los actores, también estos artistas reivindican ahora su día de descanso semanal, que, previsto en las reglamentaciones laborales, no suele existir en la práctica. Una fecha límite ha sido marcada para que los empresarios de salas de fiestas y "tablaos" concedan el día de descanso semanal: el 9 de abril. Ese día puede haber paro de artistas de variedades si no se cumple lo que ellos han pedido. Estaban presentes las autoridades sindicales, que presidían la asamblea.

A este fin se ha convocado una nueva asamblea urgente para el día 7 de abril. A la anterior fueron unos doscientos a cumplir lo que entendían, o esperaban, trámite rutinario. A esta otra es posible que vaya más de un millar, de los varios a que asciende el número de estos profesionales en Madrid. Esta nueva asamblea se supone que no será rutinaria. ■ JOSE A. GACISO.

sa Merlo. Pero hubo algo más, no previsto en el programa. Al atardecer, una pareja de recién casados cruzó un buen trecho de la Rambla. Les seguía una comitiva de jóvenes y desde los puestos algunas floristas arrojaban ramilletes a la pareja. Ella llevaba escrito ostentosamente su nombre: Censura; él, el suyo: Teatro. Y lo insólito de la boda es que los invitados, vulnerando las más elementales reglas de urbanidad, daban esporádicos vivas al divorcio. Todo se resolvió amablemente, con el aire festivo de un paso de carnaval o una charanga gaditana. El juego pareció demasiado inocente para interrumpirlo.

Y, sin embargo, ¿cuántos hijos no nacerían de ese divorcio y empezarían a dar gozosos brinco sobre los escenarios? ■ JOSE MONLEON.

CINE

CINCO ESTRENOS

«Alta tensión», de Julio Buchs

Estamos ante un esquema argumental típico del cine negro americano: joven de origen humilde que quiere llegar «a lo más alto», sin respetar las jerarquías establecidas y utilizando todo tipo de medios, pero que se ve envuelto en un círculo infernal dibujado por los miembros de la clase social que aspira alcan-

zar. Será la propia mujer que él busca como trampolín en este salto la que le utilizará abiertamente, abocándole a la destrucción de sí mismo.

Sin embargo, esto no pasa de ser un punto de partida. Y al no contarse con los elementos que configuraban decisivamente al cine negro, «Alta tensión» queda en un puro intento mimético falto de toda perspectiva creadora. Ni Marisa Mell es Barbara Stanwyck, ni la película contiene esa serie de enganches con una determinada situación sociopolítica que albergaban las obras más representativas del género, ni la historia que se nos cuenta deja de ser una variante de las actuales coproducciones hispano-italianas tipo «Marta» o «Historia de una traición».

Película, por otra parte, no especialmente irritante para lo que suele ser hoy el grueso de nuestra producción, sin